

Joy Connolly, *The Life of Roman Republicanism*, Princeton University Press, Princeton, Oxford, 2015. 228 páginas. ISBN: 978-0-691-16259-1.

La recuperación de Roma y sus pensadores clásicos, frente a tanta Atenas, es ya un hecho para la teoría política. Un hecho que merece ser celebrado como el hallazgo de esas perlas de significado recuperadas desde las profundidades de la tradición que mencionaba Hannah Arendt (1906-1975) o como la reinterpretación en el presente de esos *lugares perdidos* del pensamiento político del pasado. Tanto historiadores de conceptos como teóricos políticos de renombre llevan explorando desde hace años la influencia de la República romana sobre el Renacimiento y la Ilustración, dos momentos estelares del ADN moderno. Otra vía ha sido presentar a Roma y su republicanismo como una tercera vía entre liberales y comunitaristas con el afán de trascender polémicas agotadoras y muy instaladas en el debate académico. Hay que celebrar doblemente este libro de Joy Connolly¹ pues no cae banalmente en ninguna de estas maniobras sino que conjuga la interpretación de un cúmulo de textos de la tradición retórica romana con un salpicado de lecturas de filosofía política contemporánea. Estos textos son: *República y Leyes* de Marco Tulio Cicerón (106-43 a. e. c.), así como dos de sus más conocidos discursos, *Verrinas* y *Catilinas*; *La conjuración de Catilina* y *La guerra de Yugurta* del historiador Cayo Salustio Crispo (86-34 a. e. c.) y, por último, *Sátiras* del poeta Quinto Horacio Flaco (65-8 a. e. c.).

La disposición de la autora a la lectura de los textos romanos nos parece de entrada loable, sin fetiches metodológicos ni hermenéuticas sagradas. Daría la impresión que nos quisiera anticipar en las formas lo que la perspectiva retórica suele ofrecer como contenido: atención humilde tanto al contexto como a la audiencia que, en el caso de textos que han sido originalmente pensados como discursos retóricos o poéticos (caso de *Catilinas* y *Verrinas*, así como *Sátiras*) no se dejan asir ni definir conceptualmente: ya sea fijando significados universales, ya sea desmontando el encanto que hace que estos textos hoy nos resulten tan vivos. La sensibilidad de Connolly, como lectora, resulta notablemente arendtiana. Así lo admite desde las consideraciones primeras del libro, en donde saca a relucir otra perla, tomada directamente de *La vida del espíritu*. Las palabras son, dice Connolly parafraseando a Arendt, “algo así como un pensamiento congelado que el pensar debe descongelar” (p. 2)². Pero a renglón seguido, quizás como modo de prevenir las críticas de aquellos a los que las tribulaciones filosóficas puedan resultar un tanto vanas, la autora explicita con más fuerza el propósito de este libro:

¹ Joy Connolly es Decana de Humanidades y profesora de Estudios Clásicos en la New York University. Anteriormente ha escrito y publicado *The State of the Speech: Rhetoric and Political Thought in Ancient Rome*, Princeton University Press, Princeton, 2007.

² “[S]omething like a frozen thought that thinking must unfreeze”.

El abanico de semejanzas de las condiciones materiales e ideológicas entre la política romana y la moderna es sorprendente y sugestivo. Como nosotros, los romanos enfrentaron los desafíos de la desigualdad económica severa, la corrupción, la desconfianza civil, manifestada aún de forma más prominente hoy en la apatía del votante (p. 16)³.

No obstante, el catálogo de preocupaciones similares entre los pensadores romanos y los contemporáneos no constituye la motivación primaria de la obra. Luego de comentar que “los romanos” enfrentaron las preguntas que el compromiso republicano con la libertad supone respecto a las numerosas formas de desigualdad —especialmente económica— Connolly aborda un punto clave y que atañe a la lectura de los clásicos que propone en su libro:

Los ciudadanos de las democracias contemporáneas continúan definiendo sus comunidades contra *los de fuera* —incluyendo en esta categoría construida a aquellos que viven dentro de la comunidad, como la gente *queer*, de color, los inmigrantes, los enfermos y los pobres. Necesitamos entender cómo estos prejuicios pueden subsistir a la creencia de que la república es justa y libre y, además, cómo esta creencia es preservada y fortalecida (conscientemente o no) por los prejuicios (*ibidem*)⁴.

Con este preámbulo, la autora plantea un recorrido pautado en cinco capítulos. Cicerón es el protagonista del primero, “Where Politics Begins” (pp. 23-64); del cuarto, “Dividual Advocacy” (pp. 155-172), y del último, “Imagination, Finitude, Responsibility, Irony” (pp. 173-201). Resulta difícil establecer las causas de la primacía de Cicerón en la selección que hace Connolly. Aparentemente, Cicerón emerge como el rétor que conjuga más matices y entresijos. Como un político de primera línea, también, cuya visión e imaginario republicano se construye sobre los antagonismos entrecruzados de optimates y plebeyos que hormiguean la historia romana. Un detalle llamativo en la lectura de Connolly es que presenta a Cicerón a partir de un marco abierto y revitalizador, sin ansias de sutura. Si bien dibuja una noción ciceroniana de la historia política como un antagonismo puntuado por compromisos temporales entre las élites del Senado y el pueblo, a través de sus tribunos; también recompone una idea ciceroniana de acción política como *advocacy*; es decir: *ad vocare*, invocar, llamar por la voz. Lejos de acariciar esa visión tan estilizada, de plató televisivo, mediática (y maniática) del consenso entre plebe y patriciado, Connolly abre ciertos pasajes de *Leyes y Verrinas* a interpretaciones bien contemporáneas del conflicto de clases bajo el paraguas de las instituciones políticas. Así, retomando la crítica de John McCormick a la corriente republicana de la escuela de Cambridge⁵ y también la reformulación del concepto de lo político que hace Jacques Rancière, un pensador que parece haber sido

³ “The array of resemblances between the ideological and material conditions of Roman and modern politics is striking and suggestive. Like us, the Romans faced the challenges of severe economic inequality, corruption, and deeply rooted civil distrust, manifested most prominently today in voter apathy”.

⁴ “Contemporary democratic citizens continue to define their communities against outsiders —including constructed ‘outsiders’ who live within the community, such as queer people, people of color, immigrants, those suffering from disease, and the poor. We need to understand how these prejudices can live alongside the belief that the republic is free and just, and further, how that belief is preserved and strengthened (consciously or not) by prejudice”.

⁵ John McCormick, “Machiavellian Democracy: Controlling Elites with Ferocious Populism”: *American Political Science Review*, vol. 95, n.º 2 (2001), pp. 297-313.

inspirador para nuestra autora, Connolly sugiere que el conflicto socioeconómico y político puede ser capaz de forjar alianzas aún más robustas que la búsqueda del consenso (p. 57). Lo político como cultura “contestataria, dinámica y resistente, no reducible a una teoría de la comunidad, del diálogo o del consenso; pero tampoco reducible a una teoría basada en el conflicto y la opresión” (p. 58)⁶.

De ahí la importancia de un pensador como Cicerón, preocupado intensamente por la proximidad entre conflicto y violencia y preocupado, también, en mantener la distinción entre ambos conceptos mediante la válvula de escape del discurso retórico forense. Aquí aparece un hilo de pensamiento sobre el que tendría cierta gracia profundizar. Más allá de las sospechas que sin fundamentar demasiado enumera Connolly sobre si Cicerón explotó su habilidad retórica incitando al odio y la violencia con el fin de dirigir a las audiencias en contra de sus adversarios políticos (p. 59); el debate de fondo merecería a nuestro juicio algo más de tiempo y sosiego. Lo que aquí se juega tiene antes que ver con los límites entre la palabra y la violencia, el discurso retórico y la contingencia política y las mil y una formas en que la política republicana puede desbarancar en faccionalismo. Un cabo sin atar que la autora deja ante el lector intrigado por el “potencial y peligroso desliz entre disrupción y violencia” (p. 64)⁷.

Como se aprecia, el tema de la *formación política del juicio* es uno de los ejes principales de este libro y una temática consustancial a la retórica mediterránea. Así lo reconoce explícitamente la autora mientras se embarca para tratar esta cuestión tan relevante a través de distintos aspectos de la obra de Salustio en el segundo capítulo: “Justice in the World. The Execution of *Jughurtha*” (pp. 65-113). El lector podrá encontrarse en estos pasajes del libro con un coro de voces exquisito a los que Connolly pone siempre en relación con los textos que analiza de Salustio. Desde las consideraciones de Arendt esbozadas en diferentes ensayos sobre el juicio hasta algunas pinceladas de pensadores poco conocidos en el mundo anglosajón como Bruno Latour, Paul Ricœur (1913-2005) o Maurice Merleau-Ponty (1908-1961). Hay que agradecerle a Connolly que no se pierda aquí en laberintos fenomenológicos o abstracciones asfixiantes. Más bien al contrario, juega con una paleta de autores bien variopinta, con cierta irreverencia por las pertenencias a escuelas y tradiciones de pensamiento que nos resulta, además de desenfadada y fresca, muy vivaz. Prueba de la gran libertad de asociación de ideas y autores que se permite Connolly es la recuperación del concepto de *enargeia* de Marco Fabio Quintiliano (circa 35-95 e. c.) o del juego de palabras entre conjura, complot y trama (*plot*) que hace a partir de la lectura de *Reading for the Plot*, del teórico de la literatura Peter Brooks⁸.

Pero la palma, en cuanto a la habilidad de la autora para reflexionar políticamente a través de pensadores que suelen quedar excluidos del canon de las ciencias sociales, aparece en el tercer capítulo: “Non-Sovereign Freedom in Horace’s *Satires*” (pp. 115-154). Allí Connolly reconstruye un concepto de libertad “no soberano” a partir del más auténticamente romano de todos los géneros literarios: la sátira. *Satura tota nostra est*, recuerda Connolly que decía Quintiliano (p. 116). En todo caso, más allá de la origi-

⁶ “[P]olitics is contestatory, resistant, and dynamic; it is not reducible to a theory of community, dialogue, consensus; but nor is it reducible to a theory grounded in violence and oppression”.

⁷ “[T]he dangerous potential slip from disruption to violence”.

⁸ Peter Brooks, *Reading for the Plot. Design and Intention in Narrative*, Alfred A. Knopf, New York, 1984. Importante no confundir con Peter Brook, el dramaturgo inglés asentado en Francia, que escribió el maravilloso ensayo *The Empty Space* (1968), un texto aparentemente sobre el teatro pero con fuertes resonancias para pensar el espacio de lo político. Ver Peter Brook, *The Empty Space*, Touchstone, New York, 1996.

nalidad de recuperar el género satírico, la comprensión en términos de teoría política sobre este asunto es todo menos baladí. Connolly detecta rápidamente la temática civil implícita en Horacio. Se trata sobre todo del juicio y, en manos de Horacio —un poeta asociado al epicureísmo— del juicio libre y muy conectado con “el juicio hacia los otros y hacia uno mismo” (ibidem). Jugando con una idea de Pierre Rosanvallon⁹ acerca de la imposibilidad de los conceptos para agotar la densidad de lo real, Connolly nos avisa que “la densidad que percibiremos en Horacio es social e interpersonal, como la densidad que se siente en las relaciones cara a cara” (p. 124)¹⁰. Las páginas que siguen a este pensamiento contienen apuntes y fragmentos de las *Sátiras* que intrigan y maravillan al mismo tiempo, con el lujo añadido de las citas en latín original justo a continuación de la traducción inglesa de la propia Connolly:

El mejor de los padres me enseñó esto, que podía huir de los vicios tomando nota de cada uno de ellos (p. 144)¹¹.

O también:

Así mientras tú, un rey, vas a bañarte por un céntimo y no te sigue escolta, inepto, excepto el inepto *Cisprinus*, si yo (un tonto) hago algo mal, mis amigos me perdonarán y, a su vez, sufriré libremente sus transgresiones, pues como soy un hombre privado viviré más feliz que tú, un rey (p. 139)¹².

Por último, en lo mejor de la tradición retórica mediterránea:

Cuando los animales se arrastraban sobre la tierra primigenia, luchaban...[como] una manada muda y brutal...hasta que inventaron voces con las que poder expresar palabras y sentimientos (p. 141)¹³.

En suma, una no puede ponerse más que contenta por la entrada tardía de la tradición retórica genuina en el mundo anglosajón, sin adulteraciones ideológicas ni religiosas. Que ironía que nosotros, en la flor de la academia latina, solo le demos crédito a esos tesoros cuando nos llegan traducidos desde el otro lado del océano.

Silvina Vázquez
Universitat Oberta de Catalunya (España)
silvinavazquezmartinez@gmail.com

⁹ Según Connolly, Rosanvallon exhorta a “resistir la tentación de negar y disimular las contradicciones del mundo a través de la ilusoria coherencia de la doctrina” y a realizar este trabajo a través de la literatura (p. 92) [we need to resist the temptation to deny and dissimulate the contradictions of the world through the illusory coherence of doctrine]. Ver también Pierre Rosanvallon, *Democracy Past and Future*, Columbia University Press, New York, 2006, pp. 449-450.

¹⁰ “The density we will sense through Horace is social and interpersonal density that makes itself felt thorough face-to-face relations”.

¹¹ “The best of father taught me this, that I might flee vices by noting examples of each”.

¹² “So while you, a King, go bathe for a penny, and no escort will follow you, moron, except moron Cisprinus, if I (a fool) do something wrong, my friends will forgive me, and in turn I will freely suffer their transgressions, and as a private man I will live more happy than you, a king”.

¹³ “When animals crept forth on the primeval earth, a mute and brutish herd...they fought...until they invented spoken words and names with which they might express words and feelings”.